

EL MES DE MAYO

Tradicionalmente el pueblo cristiano ha tenido un recuerdo mariano especial durante el mes de mayo. Normalmente coincide este mes con el tiempo litúrgico de Pascua donde María se nos hace presente junto a la cruz de su Hijo, en la primera comunidad pascual de sus discípulos y en la venida del Espíritu sobre la Iglesia.

Maria es la llena de Pascua, la Llena del Espíritu, la que estuvo presente activamente en aquella primera comunidad. Es la mejor maestra que tenemos para la vivencia de la Pascua.

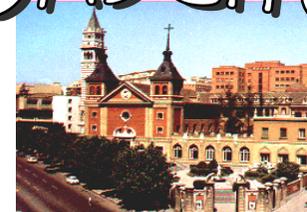
Si hay alguien que ha asimilado la Pascua de Cristo, es Maria, sobre todo en su ascensión. Si hay alguien que ha recibido plenamente el don del Espíritu, es Maria, ya desde su concepción y luego en su maternidad.

Nuestra parroquia celebra todos los años especialmente este mes dedicado a Maria. La recordamos y la celebramos todos los días al finalizar la Eucaristía de las 8 de la tarde con el ejercicio del "Mes de Mayo" y el rezo del rosario.

Recordamos que en nuestra Parroquia dedicada a Maria todos los sábados a las 20,00 horas con la celebración de la Eucaristía, se rezan Vísperas y se canta la Salve a la Virgen de Atocha.

Igualmente todos los días del año, rezamos el rosario al finalizar la Misa de las 8 de la tarde.

COMUNIDAD EN CAMINO



5º de PASCUA
Ciclo - "C"

PP. DOMINICOS - MADRID
Avda. Ciudad de Barcelona,1
<http://www.parroquiadeatocha.es>

2 de MAYO
de 2010

PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA

"Os doy un mandamiento nuevo:
que os améis unos a otros. En esto
conocerán todos que sois mis discípulos"



Lo que el discípulo ha aprendido de su Maestro no es una doctrina, ni una especulación más o menos artificiosa sobre Dios, sino un comportamiento. Un comportamiento que denuncie las tinieblas y cree un espacio alternativo iluminado por la luz. Esta forma de actuar es amar de forma concreta y visible como lo hizo Jesús. El amor se convierte, por tanto, en el santo y seña y en el distintivo propio de todo cristiano.

Domingo 5º de Pascua. 2 Mayo 2010-04-26

Hechos 14, 21-27. Apocalipsis 21, 1-5. Juan 17,31, 33,34-35

Las tres lecturas de hoy nos hablan de “algo nuevo”: la novedad de la evangelización a los no judíos por parte de Pablo y Bernabé; Juan, en la Apocalipsis, nos habla de un “cielo nuevo y una tierra nueva”; y añade: “Y el que estaba sentado en el trono dijo: “todo lo hago nuevo”. Finalmente, en el evangelio; Juan, nos recuerda una de las últimas palabras de Jesús antes de su muerte: “Os doy un mandamiento nuevo: “Que os améis unos a otros como yo os he amado”.

La Palabra de Dios siempre es novedad para el cristiano, pues es respuesta eficaz para enfrentarse con cualquier novedad de la vida. Es una Palabra siempre nueva y siempre antigua. Antigua porque, como nos recuerda San Juan, “en el principio era la Palabra... y la Palabra era Dios...” Es una Palabra que trasciende la Historia desde su principio hasta su final. Pero la Palabra de Dios es siempre “nueva”; porque, en cada momento de la historia y en cada momento de nuestra vida, esa Palabra es viva y eficaz para ayudarnos a discernir qué es lo que Dios quiere, de cada uno de nosotros y de toda la humanidad, en orden al bien y la felicidad individual y colectiva.

Verdadera novedad que se centra en el gran mandamiento de Jesús: “Os doy un mandamiento nuevo: **“que os améis unos a otros como yo os he amado”**. Y esta es la condición para hacer presente en la historia la “novedad” que Dios quiere para ella: **¡El mandamiento Nuevo!**. Y es nuevo, no porque no estuviera ya promulgado en el Antiguo Testamento, sino porque es un amor que está siempre dispuesto a aceptar lo nuevo, por muy contrario que sea a nuestros gustos, a nuestras costumbres, a nuestra rutina.

La Palabra de Dios siempre será una novedad para nosotros si somos capaces de escucharla y acogerla con un corazón nuevo iluminado con la luz del Espíritu.

Buscando al culpable

Los análisis que explican el origen de la injusticia y la opresión en nuestra sociedad no nos dan la última respuesta al problema del mal en el hombre. Los diversos estudios de carácter sociológico y psicológico que tratan de descubrir las causas históricas de los males concretos que esclavizan al hombre moderno son absolutamente necesarios para buscar soluciones eficaces a nuestra sociedad actual. Pero, no terminan de explicar el enigma de un hombre que no logra la convivencia gozosa y liberadora que anda buscando.

Hay muchas preguntas que no tienen fácil respuesta. ¿Por qué los hombres, en la medida en que tienen fuerza, tienden a oprimir a otros? ¿Por qué los que poseen bienes no buscan, en general, compartirlos con los necesitados? ¿Por qué el hombre situado en una posición de privilegio y poder no busca eficazmente la igualdad fundamental de todos?

No parece una ingenuidad el escuchar la invitación de Jesús a descubrir con más lucidez, detrás de los acontecimientos y actuaciones humanas, la fuerza del pecado como una realidad que nos deshumaniza individual y colectivamente (Lc 13, 1-9). El pecado, no como un rasgo genérico de nuestra condición humana, sino como egoísmo concreto que crece en el corazón de cada hombre y toma cuerpo en las instituciones injustas y en los mecanismos y estructuras de opresión que, con frecuencia, encauzan la actividad económica y política.

Sin duda, la humanización de nuestra convivencia exige una serie de conquistas de orden político y socio-económico: una distribución más equitativa de lo que se produce, una participación mayor de los ciudadanos en la gestión pública, un control más eficaz del servicio público. Pero, sería una equivocación pensar que el futuro más humano de nuestra sociedad se construirá sólo con la puesta en marcha de unos determinados proyectos políticos.

No nacerá un hombre nuevo y una sociedad nueva, si cada uno de nosotros no somos conscientes de nuestro propio pecado y no nos comprometemos en un esfuerzo de renovación personal. Tratamos de buscar el culpable y lo encontramos casi siempre en los demás. El enemigo de una sociedad más justa no es sólo el otro. Sino yo mismo, con mi egoísmo, mi irresponsabilidad, mi absentismo cómodo, mi despreocupación por los problemas ajenos.